

Cat 21-2º 1891-8

7

LA TORRE
DEL
ADULTERIO

POEMA DRAMÁTICO

EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS

POR

MIGUEL MENDEZ ÁLVAREZ

Precio 4 rs.

GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LOPEZ GUEVARA,

calle de Mezón's, núm. 17

1879

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

003 (7)

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

7 400 40

Safir

LA TORRE DEL ADULTERIO.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

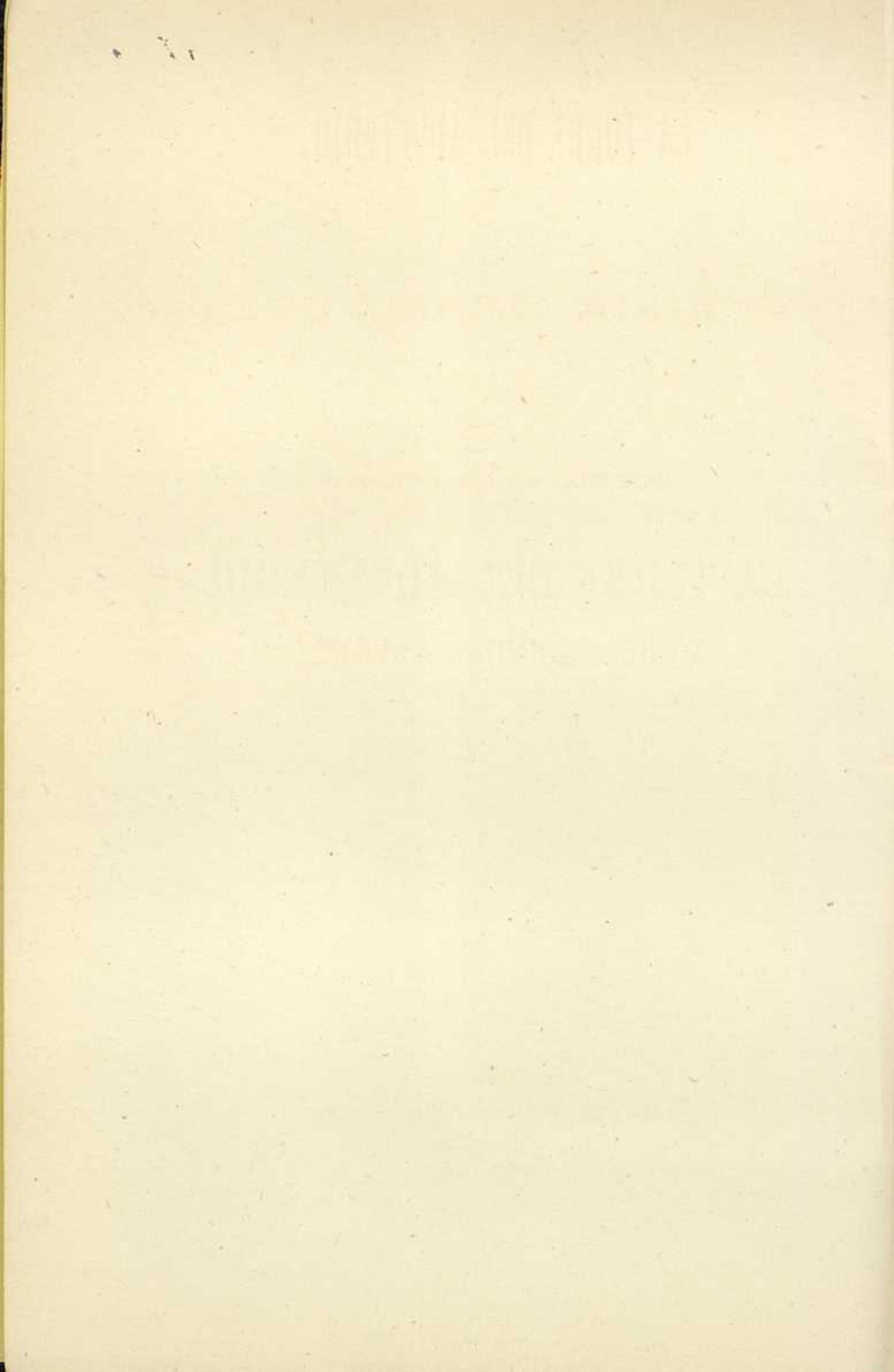
Estante:

001

Numero:

003 (7)

LA TORRE DEL ADULTERIO.



R 24761

LA TORRE DEL ADULTERIO.

POEMA DRAMÁTICO

EN UN ACTO

DIVIDIDO EN DOS CUADROS

POR

MIGUEL MENDEZ ÁLVAREZ.



GRANADA

IMP. Y LIB. DE D. JOSÉ LOPEZ GUEVARA,

calle de Mesones, núm. 17

1879

Esta obra es propiedad de su autor.

Á MI DIGNO CATEDRÁTICO DE PSICOLOGÍA

EL SEÑOR

D. Antonio Lopez Muñoz.

Ya sé que es mucha la osadía al grabar el nombre de V. en una de las páginas de mi obra, despojada por completo de todo mérito literario; pero ¿quién mejor que V. podrá con su nombre escudar la pobreza de mis versos? ¿Quién mejor que V. que ha visto en diferentes ocasiones el premio de su trabajo? ¿Quién mejor que V. que tantos aplausos recibió en sus admirables composiciones dramáticas?

Admita V., pues, la dedicatoria de este mi primer ensayo, como una inestinguible muestra de amistad y respeto de su discípulo

EL AUTOR.

PERSONAJES.

ACTORES.

D.^a MARÍA
ELVIRA
D. RODRIGO.
VALENTIN
UN CABALLERO
MILLAN.
SERVIDORES DEL CASTILLO

REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

CUADRO PRIMERO.

Salon de un castillo feudal.—Puertas laterales: á la izquierda, en segundo término, habrá el cuadro de una Virgen, alumbrado por una lámpara: al pié un reclinatorio: en el fondo y á la derecha balcon que dá al campo, á la izquierda una puerta pequeña que conduce á la torre del castillo; en el primer término de la izquierda, mesa y sillón; y en el segundo de la derecha otro.—Vanquetas, etc.—Es de día.

ESCENA I.

VALENTIN Y MILLAN.

Valentín próximo al balcon limpiando un mandoble; teniendo á su lado y encima de una vanqueta, un casco y coraza.—Millan entra por la derecha.

MILLAN. . Parece buen Valentín
que no olvidais vuestras armas?
Ya os he visto varias veces
con afición extremada
sacar brillo á ese mandoble,
al casco y á la coraza.

VALENTIN. ¿Y qué he de hacerle Millan?
prendas son que quiere el alma.
Mis compañeras han sido
en los campos de batalla
y solo ellas son testigos
de mis glorias alcanzadas.
Quiéres tú que las olvide
en el rincón de una estancia
y les diga ahí quedais

que á mi no me haceis ya falta,
que aquí en la paz del castillo,
no me servís para nada.
Pero al ir á recojerlas,
si á la pelea marchaba
pasado algun tiempo, es justo
que aquesto me contestáran:
¿á qué vienes por nosotras?
por que la guerra me llama;
mal sabremos defenderlo
á quien nos tuvo olvidadas.
Agarro el sucio espadon;
miro su hoja oxidada;
la limpio, pero es en balde
por que siempre queda opaca.
Parto á la guerra por fin
con mi armadura manchada.
Ya me encuentro en el combate
y entre la morisca raza.
El mandoble allí lo esgrimo;
mas al chocar con la malla
de un sarreceno, se parte
y mi brazo se desurma.
Del moro el luciente alfanje
veo que en mi pecho se clava;
que no me libra, por Dios,
ni mandoble ni coraza,
pues el hierro descuidado
en muchos pedazos salta:
y me cuesta allí la vida
no haber limpiado mis armas.

MILLAN. . ¡Bien habló el viejo escudero!

VALENTIN. No bien, mi rudeza es harta,
mas hablando de pelea
no cae Valentin en falta.

Mi mocedad la pasé,

ya en el campo, ya en murallas,
y tengo muertos más moros
que en esta cabeza hay canas.
Y á fé Millan que me aburre
verme en la paz endiablada
que nos ofrece el hogar
y que tanto al cuerpo cansa.
Con qué gusto este castillo
por campamento trocara,
y este túnico de paje
por la guerrera dalmática.

MILLAN. . Yo tambien los cambiaría;
mas nuestro señor nos manda
que estemos aquí...

VALENTIN. (Deja el mandoble en una vanqueta.) Millan,
bien recuerdo la mañana
en la que al partir don Pedro
á la guerra de Granada,
á sus criados llamó,
y les dijo estas palabras:
quedad fieles servidores
para defender mi casa,
en ella queda mi esposa;
cual prenda mia guardarla.
¡Y hay de aquel que no cumpliera
su voluntad, que es sagrada!
Montó en brioso corcel;
mas no sin que resbalára
por su moreno semblante
alguna amorosa lágrima,
al darle el último adios
ha aquella esposa adorada;
que llorando vió partir
al hombre que tanto ama.

MILLAN. . De entonces acá, ni un dia,
ni un momento, vió calmada



doña María la angustia
que su existencia maltrata.

VALENTIN . Yo procuro distraerla
y ella distraccion no halla,
que la vuelta de su esposo
es quien pudiera alegrarla.

MILLAN . . (Mirando á la izquierda.)
¡Aquí viene! ¡Siempre triste!
Apenas los ojos alza
del suelo. ¡Pobre señora!
De luto viste su alma.
Me retiro.

VALENTIN . Y yo me quedo
por si puedo consolarla.
(Váse Millan por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

D.^a MARÍA Y VALENTIN.

D.^a María sale por la izquierda; se dirige al balcon sin ver á Valen-
tin y dice allí los dos primeros versos.

MARÍA . . . ¡Todo triste, cual lo está
el fondo del alma mía!
(Viene al proscenio y vé á Valentin.)
¡Valentin!

VALENTIN . Doña María...
(D.^a María se sienta en el sillón de la izquierda.)
¿Si os molesto?..

MARÍA . . . Ven acá,
me es grata tu compañía.
Que en la horrible soledad
que vive mi débil ser,
solo tú y una mujer
con cariñosa amistad
consuelan mi padecer.

VALENTIN . Amistad..?

MARÍA . . . No, no te aflija.

Es justo otro nombre exija
vuestro cuidado constante,
pues tu eres un padre amante
y una hermana veo en tu hija.

VALENTIN . Como mi Elvira es tan buena,
quiere calmar vuestra pena.

MARÍA . . . Pero nunca encuentro calma,
porque el vacío de mi alma
con lisonjas no se llena.
Si quieres que la alegría
borre huellas de dolor,
dime tú, fiel servidor,
dime que en cercano día
vuelve mi esposo y señor;
que loca ya de placer
deshecho de duelo el manto;
mas si no vuelve mi encanto
no pidas á esta mujer
que enjague su acerbo llanto. (Pausa.)
Ante esa imágen postrada
paso la noche rezando,
porque la Virgen sagrada
á mi existencia apagada
auxilio le vá prestando.
Y al separar la rodilla
del marmóreo pavimento,
miro el alba que ya brilla
en el azul firmamento
de la vieja y fiel Castilla.
Presto las horas pasaron;
¡mucho oré! pero fué poco,
que mis preses no llegaron
hasta Dios, y el pensar loco
creyó que á Dios se elevaron;

y entonces nueva esperanza
mi pobre deseo alcanza:
creo que al irme asomar
al balcon, voy á mirar
qué alegre tropel se lanza
en revuelto torbellino
por ese largo camino,
y que es gente de la guerra
que ansiosa busca su tierra
con marcado desatino.
Entre ellos viene mi esposo
montando corcel brioso,
y tras su peto de acero
late un corazon guerrero
por la victoria horguloso.
Voy á lanzarme en sus brazos;
corro, me asomo al balcon,
un ¡¡ay!! lanza mi ilusion
al perderse, y en pedazos
me desgarra el corazon!
En ese campo se advierte
soledad, ¡tristeza!.... ¡muerte....!
negro el cielo, el viento zumba,
y este castillo es la tumba
donde está mi cuerpo inerte.

VALENTIN . Mientras combate al infiel
y busca con noble empeño
de la victoria el laurel
mi señor y vuestro dueño,
pedidle al cielo por él.
Y ya vereis como Dios,
siempre justo, siempre bueno,
se compadece de vos,
y á vuestro amoroso seno,
corriendo de dicha en pos,
al noble esposo os devuelve.

Ya vereis, doña María,
á una perdida alegría
que otra vez al pecho vuelve.

MARÍA. . . ¡Cuán infinita sería
la clemencia del Señor,
si me volviera el amor
que perdí en funesta hora!

VALENTIN. Confiad en Dios, señora,
que es la esperanza mayor.
(Al llegar aquí la escena debe estar en completa
oscuridad. Doña María lanzando una mirada en
torno suyo, exclama:)

MARÍA. . . ¡Sombras! ¡Siempre oscuridad!

VALENTIN. (Yendo al balcon.) La tarde muestra su fin.

MARÍA. . . (Apoyando la cabeza en sus manos.) ¡Ay!
(Pausa breve.)

VALENTIN. ¿Quereis algo? Mandad...

MARÍA. . . Quiero menos soledad!
(Pausa.)

Pide luces, Valentín.

(Valentín inclina la cabeza; toma el mandoble, el
casco y la coraza; saliendo por la derecha.)

ESCENA III.

D.^a MARÍA.

¡Ay de mí que triste imploro
á la clemencia del cielo,
sin poder hallar consuelo
que enjugué mi acerbo lloro!
Siento que mi pobre vida
ante profundos pesares,
hace con lágrimas ¡mares!
do se verá sumerjida.
¿Y cómo vivir en calma?

Mi espíritu no está yerto.
Aunque el corazón ha muerto
para sentir tengo el alma.

ESCENA IV.

D.^a MARÍA, ELVIRA Y MILLAN

Con luces; una deja encima de la mesa y otra entra al aposento de la izquierda, retirándose enseguida.—Elvira se acerca á doña María.

MARÍA.. . ¿Quién?

ELVIRA.. . (Llegando hasta ella.) Señora.

MARÍA.. . Ven Elvira.

ELVIRA.. . Que mandeis la sierva espera.

MARÍA.. . Sierva no; fiel compañera
doña María en tí mira.

ELVIRA.. . No sé lo que el pecho siente,
señora, ante tal bondad.
Que os bese los piés dejad.

(Arrodillándose.)

MARÍA.. . Levanta niña inocente. (Levantándola.)

ELVIRA.. . ¡Cómo! si humilde me postro
me aleja la castellana!

MARÍA.. . Es que en tí veo una hermana,
y la hermana... besa el rostro.

ELVIRA.. . (Besándola.) ¡Gracias!

MARÍA.. . Sientate á mi lado,

ESCENA V.

LOS MISMOS Y D. RODRIGO (dentro.)

RODRIGO.. . Que aguarde, si quiere, digo.

MARÍA.. . ¿Más quién viene?..

ELVIRA.. . (Yendo hácia la puerta de la derecha.)

Don Rodrigo.

RODRIGO. . (Entrando.) Hace un momento ha llegado
un hombre á aqueste castillo,
no sé si plebeyo ó noble;
viste cota y trae mandoble;
no sé de su alcurnia el brillo.
Quiere veros presuroso;
y por las muestras infiero
que debe ser mensajero
de mi hermano.

MARÍA. . . (Con extremada alegría y levantándose.)
¡De mi esposo!
¡Elvira que feliz soy!
¿Pero por qué en verme tarda?

RODRIGO. . Es que la licencia aguarda
para entrar.

MARÍA. . . Licencia doy.

RODRIGO. . Dí Elvira al que está esperando,
(Se oyen voces dentro.)
y dá señas de impaciencia,
que para entrar dá licencia
doña María de Arbandó.
(Elvira inclina la cabeza y sale por la puerta de
la derecha)

ESCENA VI.

D.^a MARÍA Y D. RODRIGO.

D.^a María de pié y apoyada en el sillón, mirando por donde des-
apareció Elvira: D. Rodrigo vá á sentarse en el otro sillón de
la derecha; primer término.

RODRIGO. . (Mirando á D.^a María.)
¡Qué hermosa! Quién escuchara
de los labios de esa flor
una palabra de amor!
aunque despues me matara
para salvar á su honor.

¡Que oiga mi amante ruego
y venga la muerte luego!
pues esta pasión odiosa
quiere del sepulcro losa
para que hiele su fuego.
En pos del pensar liviano,
¡negro espectro con su mano
señala un terrible fin!
¡Huye... sombra de Cain!
no mates honra de hermano.

ESCENA VII.

DICHOS: ELVIRA, VALENTIN Y UN CABALLERO.
(Entran por la derecha.)

CABALLERO Llega Alberto de Blaser,
fiel súbdito de don Pedro,
á postrarse á vuestras plantas
(Hincando la rodilla.)
con obediencia y respeto.
Vuestro esposo aquí me envía:
soy portador de este pliego,
el que pongo en vuestras manos.
(Dádoselo.)

MARÍA . . . (Levantándolo.) Alzad, noble mensajero.
(Toma el pliego.)

El que me trae tanta dicha
en mi brazos, no en el suelo.

CABALLERO De tanto favor, señora,
que no soy digno me creo:
esclavo de mi deber
la voluntad de mi dueño
con todo cuidado cumplo,
que sirviendo á tal guerrero
el soldado adquiere ¡gloria!
y ¡nobleza! el caballero.

El nombre de vuestro esposo,
repite el cristiano pueblo:
es admiracion de reyes:
espanto del sarraceno:
el rayo de la batalla:
¡de los soldados aliento!
Su espíritu destructor
no mira peligro cierto:
¡ciega el foso; sube al muro;
escala la torre ciego;
clava el pendon de la fé
en el monton de los muertos,
y en la cruz de su mandoble
jura por el Dios supremo,
á los Caticos reyes
rendirles vida y esfuerzo!

VALENTIN . ¡Quen estuviera con el
tantas glorias compartiendo!
(Doña Maria abre el pliego.)

RODRIGO . . Mas te valiera el pensar
que vas siendo ya muy viejo,
y que en vez de la pelea
te convendrian los rezos.

MARÍA . . . (Leyendo.) »ngel lleno de ilusion
»que recrea mi pensamiento!
»en mitad de un campamento
»te habla mi corazon.
»De la guerra los azares
»me hicieron un tiempo mudo:
»perdona al soldado rudo
»que motivó tus pesares.
»No pienses que te olvid
»para recordar su gloria,
»que el placer de la victoria
»tu recuerdo no borr.
»Cuando en reñida batalla

»para mi hueste alentar
»el pendon iba á clavar
»en la morisca muralla,
»tampoco pude olvidarte,
»pues ¡siempre! ¡siempre veía
»brillar el AVE-MARÍA
»en la cruz de mi estandarte!
»Y allá en mi tienda encerrado,
»si al descanso me entregaba,
»oye, pues, lo que soñaba
»entonces ¡ser adorado!
»Ponte amorosa á escuchar
»las frases de este mensaje,
»que en un guerrero lenguaje
»te voy mi sueño á contar:
»Hallábame en mi corcel
»rodeado de valientes
»que ostentaban en sus frentes
»el victorioso laurel;
»y la raza mahometana
»bajo mis plantas yacía;
»en esclavitud jemía,
»y á España miré cristiana.
»Cesó la trompa guerrera:
»levantámos los cuarteles,
»y en tierra de los infieles
»clavamos nuestra bandera;
»y tras bélicos cantares
»de soldados victoriosos,
»marchábamos presurosos
»en busca de nuestros lares.
»Mucho el camino duró
»y perdido me creía;
»hasta que por fin un día
»mi castillo apareció:
»Detuve á mis servidores

»y pregunté á aquellos muros
»tan silenciosos y oscuros
»si guardaron mis amores.
»Si encubierto con traicion
»alguno osó, por ventura,
»manchar á la mujer pura
»que entregué mi corazon!
»Y absorto en injusta queja
»oigo una voz misteriosa
»que me llama: era mi esposa
»que oculta trás de una reja
»tiernos brazos me mostraba.
»Hiero al caballo inclemente
»y de un salto cruzo el puente;
»y cuando yá me juzgaba
»otra vez de tu amor dueño,
»despierto, anhelante miro
»y lanza el alma un suspiro
»que se aleja con mi sueño;
»y ansioso aguardo la hora
»en la que algun centinela
»con su canto, me revela
»que nace la nueva aurora.

(Enjuga sus lágrimas y sigue leyendo con marcado interés.)

»Mas no pienses que la ausencia
»mucho tiempo ha de durar,
»que en breve verás llegar
»á tu esposo. La licencia
»para romper esas leyes
»que ligan al caballero
»en la guerra, pronto espero
»que me la otorguen los reyes.
»Queda con Dios, hasta el dia
»que recobre el bien perdido;
»piensa en mí, que no te olvido

»ni un solo instante, María!

(Pausa: D.ª María contempla el papel con ternura.)

(Hablando.)

¡Que piense en él...! pues acaso
no es suyo mi pensamiento!

(D. Rodrigo que durante la lectura de la carta ha-
brá quedado pensativo y en lucha con sus ideas,
exclama con desesperación:)

RODRIGO. . (Que vuelve dice, y... ¡no es mía!

(Con resolución.)

Lo será... ¡por el infierno!

En tinieblas de la noche...

¡honra de hermano habrá muerto!)

CABALLERO Bien se conoce, señora,
lo mucho que estais sufriendo;

pero ya vereis que pronto
ese mal tiene remedio.

Ahora pensad en la dicha:
preparad grandes festejos
y anuncien gratos placeres
la llegada de don Pedro,
que no es razón que vea luto
quien de luto viene huyendo.

VALENTIN. (Acercándose á Doña María.)

Eso sí, fuera la pena,
y con dicha le brindemos.

Aprended de Valentín
que está loco de contento,
esperando divisar

de ese camino á lo lejos,

(Señalando hacia el balcon.)

mil valerosos ginètes

en nube de polvo envueltos,

que trás de don Pedro de Haro,

corren en potros ligeros. (Pausa.)

CABALLERO (Inclinándose.) Si nada mandais, señora,
de vuestro lado me alejo.

¿Qué medios puedo adoptar
para esta ilusión tocar? (Pausa.)
Solo uno vé mi intento:
(Se levanta y dirige una mirada al balcon.)
entrada en este aposento
el balcon me puede dar.

—
¡Si! cuando al sueño se entregue
tendré camino seguro
con la escala en ese muro,
y despues que arriba-llegue,
¡será mia..! ¡Lo aseguro!

—
(Refleciona un instante.)
¿Qué me resta luego hacer
si la liviana pasion
satisface el corazon?
(Despues de meditar.)
¡Arrojarme á perecer
en brazos de la expiación!

—
Allá en un país lejano
tal vileza ocultaré...
(Dudando y con ironía.)
¡Ocultarla! No podré.
¡La maldicion de un hermano
mientras viva llevaré!

—
Lucho con el mal... incierto.
Dos caminos ven mis ojos
y cuál emprender no acierto:
uno se encuentra cubierto
de flores; otro de abrojos.

—
¿Á cuál de los dos me lanzo?
¿Al de espinas? ¿ó al de flores?
(Dominado completamente por su pasion.)

¡Al de abrojos punzadores,
porque aunque perezca, alcanzo
el sueño de mis amores!

—

¡Hunda del mal en lo interno
todo el bien de esta porfia!
¡Que el cuerpo apague el infierno
de su pasión, y el averno
lo reciba! ¡¡Será mía!!
(Dirije una mirada á la habitación donde está doña
María y sale por la derecha.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

La misma decoracion, iluminada por la luz de la lámpara. Todas las puertas cerradas. Al levantarse el telon la escena permanecerá una larga pausa sola; en la cual se oye el rugido del huracan, que no cesa hasta la escena tercera.

ESCENA I.

D. RODRIGO

(Sube por una escala que hay pendiente del balcon.)

RODRIGO. . ¡Al fin te pude alcanzar!

(Agarrándose al muro que forma el grueso del claro del balcon y dejando ver la mitad de su cuerpo. En este instante la luz de un relámpago destaca su fantástica figura del negro fondo en que se halla.)

¡Vencida quedas distancia..!

(Salta á la escena y mira hácia abajo.)

que no le arredró á mi pecho
la altura de esta muralla,
cuando pensó conseguir
el objeto que anhelaba.

¡De fijo para vencer,
el diablo me prestó alas,
que si no creo imposible
que aqui pusiera la planta!
Por un momento creí
que el huracan me arrojaba
en el foso del castillo;
pero asiéndome á la escala,
ofrézcole á satanás
desde allí darle mi alma,
si del peligro que arrostro
prontamente me libraba.
Por toda respuesta oí
que el viento más cerca brama,

y que le empuja á mi cuerpo
para que arriba llegára.
(Viene al centro de la escena.)
¡Todos duermen! ¡Solo estoy!
¡Ella... allí!
(Señalando á la puerta de la izquierda.)
(Llevándose las manos al pecho.) ¡Qué deseabas
corazon? No era encontrarte
á solas con la que amas..?
Pues bien, empuja esa puerta
y penetra en esa estancia
donde la mujer que adoras
tranquilamente descansa,
sin pensar que cerca de ella
lates con lúbricas ansias.
Mas... ¿dudas? ¡Qué te detiene?
¿Acaso valor te falta?
¿Acaso apagaste el fuego
de ese volcan que abrigabas?
¡volcan que abrasó á mi ser
con rio de impura lava!
¿Qué aguardas..? ¡Por qué no voy
cuando ya puedo mirarla
en brazos de la pasion
que en pos del crimen me arrastra!
Tiemblo de encontrarme aquí...
y huir en vano intentara;
me falta valor; no puedo
cometer mi accion villana.
¿Por qué no vino la muerte
cuando morir esperaba
(Señalando al balcon.)
suspendido en el abismo? (Pausa.)
Al reflejo de esa lámpara,
creo mirar en redor mio
¡muchas sombras..! ¡mil fantásmas

que sin piedad me persiguen!

(Pausa.—En el fondo, entre el claro que hay desde el balcon á la puerta de la torre, aparece la sombra de D. Pedro, intercalada en el muro: D. Rodrigo al fijar la vista en ella retrocede; se pasa las manos por el rostro y exclama poseido del más supersticioso terror.)

¿Es un sueño lo que embarga

á la trastornada mente?

¿ó es realidad lo que pasa

ante mis ojos? No es sueño;

no es una ilusion forjada

por el demente delirio

que al pensamiento maltrata:

¿es realidad lo que veo!

¡Negra sombra se destaca

en el fondo de ese muro!

¿Qué quieres? ¿por qué me llamas?

respóndeme; ¡te lo imploro!

mas no vengas: ¡habla! ¡habla,

pero muy lejos de mí

que tu mirada me mata!

(Dá algunos pasos hácia la vision como si una fuerza oculta le impeliara hasta allí.)

¡Cielos! ¡mi hermano! ¡mi hermano

es la sombra que me espanta,

que temiendo la deshonra,

la puerta de su honor guarda!

¡Perdon hermano te pido!

¡perdon! ¡por la Virgen santa!

¡Es tan hermosa María!

que ciego la idolatraba;

pero no, ¡no me maldigas!

Perdónalo al que á tus plantas

(Cae de rodillas.)

se arroja. ¡Á este miserable

que arrebatarte pensaba,

tu honor! ¡tu dicha! ¡tu encanto!

¡la esposa á quien tanto amas!

Tu silencio me asesina:
dime ¡hermano! ¿por qué callas?
Responde; dame la muerte
con una sola palabra:
te lo pido por la madre
que nos tuvo en sus entrañas.
¿No miras cuanto padezco?
¿no te conduelen las lágrimas
que corren por mi semblante?
¿Por qué tu crueldad es tanta?
¡Ay hermano de mi vida,
no martirices mi alma!

(Cae desfallecido en un lado próximo al balcón. La sombra desaparece. Ruego al actor que desempeñe el papel de D. Rodrigo, que se haga cargo de la difícil situación que atraviesa este personaje en el pasado monólogo, para que sea completa la interpretación.)

ESCENA II.

D. RODRIGO Y D.^a MARÍA

que sale por la izquierda, quedando cerca de la puerta.

MARÍA... . ¡Horrible noche! No puedo
ni un momento descansar,
que no sé que extraño miedo
el sueño viene á turbar.
La idea de un mal cercano
angustia mi corazón.
(Se dirige hácia la Virgen.)
¡Madre del Dios soberano!
que encuentre con la oración
esta infelice mujer,
calma para sus dolores,
y luz para comprender
de su pecho los temores.
Si es que se encuentra mi esposo
en peligro, ¡Virgen pura!
con acento doloroso

te pido para él ventura.

(Se arroja en el reclinatorio.—Pausa.—D. Rodrigo vá volviendo en sí: dirige una mirada vaga á su alrededor, que vá á fijarse en el negro bulto que forma D.^a María arrodillada: queda aterrorizado, ocultándose el rostro entre las manos.—Estos momentos solo puede concebirlos el verdadero actor, así creo que es inútil toda clase de observaciones.)

RODRIGO. . . Fantásticas ilusiones
que á mis ojos se presentan,
convertidas en visiones
que al pensamiento atormentan,
¡dejadme ya..! ¡huid de aquí..!
ó yo mismo tal creacion
desvaneceré..!

(Dirigiéndose á D.^a María: al ruido que produce, esta se vuelve horrorizada.)

MARÍA. . . (Gritando.) ¡Ay de mí..!

RODRIGO. . . (Retrocediendo.) ¡Era ella! ¡Maldicion!
(Pausa.—D.^a María queda inmóvil: D. Rodrigo viene al proscenio: desde allí la mira y exclama.)
(¡Aunque satanáas me lleve
he de conseguir mi intento!)
(D.^a María se levanta, recobrando algun valor.)

MARÍA. . . ¡Quién es el que así se atreve
á pisar este aposento..?
(Resuelto á realizar su idea.)

RODRIGO. . . Don Rodrigo que os adora
y aprovecha la ocasion.... (se dirige á ella.)

MARÍA. . . ¡Ah!
(Dando un grito y refugiándose en el ángulo
próximo á la Virgen.)

RODRIGO. . . Para haceros, señora,
víctima de su pasion.
(Se apodera de una de sus manos.)

MARÍA. . . (Llamando.) ¡Ah de mi casa! ¡Soitad
hombre villano y cobarde!
¡Aquí, Valentin! (Gritando.)

RODRIGO. . . Lanza una mirada á la puerta que conduce á la
torre y con sonrisa irónica dice:) ¡Llamad

que cuando vengan es tarde!
Pues si es que alguno os socorre
libertaros no podrá,
que en la puerta de esa torre
su furia se estrellará.
(D.ª María obligada por D. Rodrigo llega hasta la
puerta de la torre.)
Y si por acaso estraga
los cerrojos de la puerta,
(La abre y muestra los cerrojos que tendrá en la
parte interior.— Á pocos pasos de la puerta se
verá una escalera oscura y algo destruida.)
en la punta de mi daga
le espera una muerte cierta
en pago de su osadía.

MARÍA. . . (Lucha por desairse.) Soltad mi mano ¡Cain!

RODRIGO. . . ¡Qué me importa si sois mía!

MARÍA. . . ¡Madre santa! ¡Madre..!
(Implorando á la Virgen cae desmayada en los bra-
zos de D. Rodrigo.)

RODRIGO. . . (Con voz terrible y entrándola.) ¡¡Al fin!!
(Cierra la puerta y se oye correr un cerrojo.—
Pausa.)

ESCENA III.

VALENTIN.

(Con luz, por la derecha.)
Ó es engaño de mi oído,
ó me ha llamado la voz
de doña María. Tambien
sentí confuso rumor
y algunos gritos lejanos...
Solo se encuentra el salon...
veamos aquí.
(Entra en la habitacion de la izquierda.—Pausa.)
(Saliendo precipitadamente.) ¡No hay nadie!
¡No está ella! ¡Vive Dios!
¿Dónde está doña María?
¿En donde se encuentra? ¡Oh!

(Recorre la escena mirando en todas direcciones y se asoma al balcon.)

Díme, noche que encubriste
alguna horrible traicion;
dí ¿qué has hecho de la prenda
que mi dueño me entregó?

¿En dónde la ocultas? ¡Cielos!

¡Una escala en el balcon! (Arrancándola.)

¡Por este muro se ha hundido
de mi dueño el limpio honor!
(Viene al proscenio.)

¡Venganza contra el infame!

¡Venganza! ¡venganza atroz!

Que nos pague con la vida
el que tan vil nos vendió.

¡Honra que fué tan preciada,
llora por ella, señor!

Y si vuelves aquí un día

¡mira por donde se hundió!

(Arroja la escala al suelo, y saca el puñal.)

¡Hierro, tñete con sangre!

¡Hierro! busca el corazon

del culpable. ¡Servidores, (Llamando.)

prestadme vuestro favor!

¡acudid! ¡Ah del castillo..!

(Suena un grito dentro de la torre.—Valentin, que
estará en el primer término de la derecha, queda
inmóvil.)

¿Mas qué grito resonó..?

(Se abre con violencia la puerta de la torre: aparece
D. Rodrigo con el cabello en desórden y lleno de
espanto. Queda apoyado en el muro.)

ESCENA ÚLTIMA.

VALENTIN Y DON RODRIGO.

VALENTIN. (¡Ah! ¡Don Rodrigo!)

RODRIGO. (Sin ver á Valentin.) ¡Ay! siento
la sangre en mis venas yerta.

La besé, y calló ¡muerta!

en el duro pavimento.
Y despues... helada mano
asió con fuerzas la mia,
y por doquiera veía
á la sombra de mi hermano.
Huyo lleno de terror;
pero él me mira entretanto,
y empieza á regar con llanto
¡el cadáver de su amor!

VALENTIN. . ¡Qué has hecho ser infernal!

(Se adelanta hasta él; le ase de la mano, y lo lleva
al centro de la escena; allí levanta el puñal para
herirle.)

RODRIGO. . (Luchando por desacirse.)

¡No mates, que mi expiacion
está en ese torreón!

¡No ha menester tu puñal...!
Deja pues, que la conciencia
castigue mi vil delito.

VALENTIN. Ya de la conciencia el grito,
ha dictado tu sentencia.

RODRIGO. . ¡Si anhelo mi propia muerte!

¡Si es preciso que sueumba!
mas deja que halle mi tumba

(Logra separarse de Valentin y llega al pié de la
escalera.)

al lado del cuerpo inerte
que yace en aquesta torre!

(Valentin se adelanta en actitud de amenaza: don
Rodrigo viendo la accion de este, desenvaina su
daga.)

No; si yo mismo me hiero.

¡Húndete en el pecho acero!

(Se clava el puñal.)

¡Sangre! por mi mano corre.

(Valentin queda con la cabeza inclinada al suelo, y
distante de D. Rodrigo algunos pasos.)

¡Arriba voy á morir; (Sube un escalon.)

que en esta torre maldita

oigo una voz que me grita:

¡Rodrigo, aquí has de subir!

¡Aquí tendrás sufrimiento
con prolongada agonía!

¡Fué mucha tu villanía,
y mucho será el tormento!

(Pausa.—Sube dos escalones y se para.)

Si alguno los pasos míos

quiere seguir con valor,

¡muerto caerá de terror

ante esos muros sombríos!

¡No! no desgarréis jamás

el velo que ahora se corre

en la puerta de esta torre,

¡recinto de sataná!

La sangre que el pecho vierte

(Llevándose una mano al pecho y sosteniéndose en
el muro.)

mi existencia debilita,

y ¡satán! me precipita

por la escalera de muerte.

(Sube.—Valentin queda inmóvil con la mirada fija
en la puerta de la torre.—Pausa suficiente para
suponer que D. Rodrigo se encuentra arriba.)

¡Ay de mí! (La voz de D. Rodrigo dentro.)

(Se oye el golpe de un cuerpo que cae desplomado.—
Valentin se aproxima á la puerta.)

VALENTIN. (Con desesperacion.) Muere sin calma

y goza del mal eterno

con que te brinda el infierno

al hundirse allí tu alma;

y quede tu cuerpo inerte

con el de la dueña mía,

para hacerle compañía

¡en el sueño de la muerte!

(Cierra la puerta de la torre corriendo despues el
cerrojo.—Empieza á rayar el dia.)

Y tú hierro maldecido

(Viendo el puñal que conserva en la mano.)

que aún lanzas vivos reflejos,

¡muy lejos de mí! ¡muy lejos! (Arrojándolo)

¡Qué vales..? ¡si no has herido!

¡Yo que á tu puño me aferro
creyendo me vengarias..!

pero... ¡matar no sabías!

¡maldito! ¡maldito hierro! (Pausa.)

(Viendo la confusa luz que entra por el balcon.)

¡Tinieblas, no, no pasad!

(Asomándose al balcon.)

¡Aurora no des tu brillo!

deja, deja á este castillo

en profunda oscuridad;

ó ábrete muralla entera,

que en tu seno de granito

un lugar yo necesito

donde ¡la luz! no me hiera.

(Se retira del balcon.)

Si algun dia mi señor

vuelve de gloria cubierto,

le diré: ¡tu honra ha muerto!

He sido mal guardador.

Mas al dar á Valentin

la prenda que tanto amaste,

¡nunca, nunca sospechaste

que tu hermano era un Cain!

Tras de esta puerta, el misterio

(Señalando á la de la torre.)

yace del honor perdido:

¡esa, señor, esa ha sido

LA TORRE DEL ADULTERIO!

(En este momento aparecen en la puerta de la derecha Millan y varios servidores del castillo: todos rodean á Valentin misteriosamente.)

FIN DEL POEMA DRAMÁTICO.



